

Ulises y á los Atridas. Entónces Minerva le hace perder la razon y dirige sus golpes contra unos rebaños. Cuando el héroe vuelve en sí, le abrumba la vergüenza; no puede sobrevivir á la pérdida de su honor. Dispuesto á darse la muerte, dirige á Júpiter esta oracion: «Ahora, Júpiter, debo implorar tu auxilio; no te pediré un gran favor, sino que hagas llegar á Teucro esta triste noticia, á fin de que sea el primero que recoja este cuerpo caido sobre una sangrienta espada y que ninguno de mis enemigos se le adelante y me entregue á los pèrros ó á las aves de rapiña» (1). Teucro se dispone á dar sepultura á su hermano, cuando llega Menelao y le prohíbe tocar al cadáver: «Arrojado sobre la aréna de la orilla servirá de pasto á las aves marinas.» En vano el coro invita al hijo de Atreo á no ser impío con los muertos; en vano Teucro le dice que ofende á los dioses. Menelao responde: «El derecho no es para los enemigos» (2). Ulises abraza el partido de la humanidad contra la barbarie. Se suscita una discusion entre él y Agamenon. El jefe del ejército de los Griegos es el intérprete del derecho antiguo; el poeta hace del héroe de Itaca el representante de una civilizacion más avanzada. Nada más duro ni más cruel que las máximas del gran rey. Se admira de que Ulises tome contra él la defensa de Ajax: «¿No es justo insultar á un enemigo muerto?» Le imputa casi como un crimen su compasion (3). Ulises responde á estos ataques con los más generosos sentimientos. Al ver á Ajax loco, se sintió ya movido á piedad hácia él: el espectáculo de su desgracia le recuerda la condicion de todos los mortales: «Veo que todos en esta tierra no somos más que fantasmas y sombras vanas» (4). Cuando los Atridas prohiben á Teucro dar sepultura al cuerpo de Ajax, el poeta pone en boca del rey de Itaca estas bellas palabras: «Te conjuro por los dioses á no privarle inhumanamente de la sepultura: no te dejes inclinar al odio y á la violencia hasta el punto de hollar con tus piés la

(1) SOPHOCL., *Ajax*, v, 824-830.

(2) IBID., 1062 y sig., 1091 y sig., 1132.

(3) IBID., 1346, 1348, 1356.

(4) IBID., 121-126. No podemos participar de la opinion de los críticos que atribuyen los sentimientos de Ulises á prudencia ó á cobardía (PATIN, *Estudios sobre los trágicos griegos*, t. I, p. 366).

justicia. Verdad es que en todo el ejército Ajax fué mi más ardiente enemigo desde el dia en que se me adjudicaron las armas de Aquiles; sin embargo, cualquiera que haya sido su conducta respecto de mí, no le haré la injusticia de negar que despues de Aquiles fué el más valiente de los Griegos que han venido al sitio de Troya. Serías, pues, injusto al ofenderlo; la ofensa sería no á él sino á las leyes divinas. *Porque es un crimen para el hombre de bien perseguir á otro hombre más allá del sepulcro, aun cuando lo haya aborrecido*» (1). Se declara, por último, abiertamente por Ajax: «Y ahora yo declaro á Teucro que soy en lo sucesivo tan amigo de Ajax como ántes era enemigo. Quiero honrar con vosotros sus funerales, prodigarle mis cuidados, y, en fin, no omitir nada de lo que se debe á los grandes hombres» (2).

Estas palabras expresan evidentemente los sentimientos de Sófoeles y de su tiempo más bien que los de Ulises. Revelan un gran progreso en la moralidad: el odio debe espirar sobre la tumba. Éste es el principio de un nuevo derecho de gentes: no se trata ya únicamente de los derechos del vencedor, sino también de sus deberes respecto de los vencidos. ¿Cuál fué el móvil de este progreso? La religion. En la tragedia de *Antígona* resplandece el poder civilizador de la religion. Eteocles y Polinice mueren al mismo tiempo. Como Eteocles habia peleado por su patria y Polinice contra ella, el senado de Tébas decreta que el primero obtenga los honores de la sepultura y que el segundo sea entregado á las aves de rapiña (3): «Ninguna mano hará libaciones sobre su sepulcro; no habrá para él ningun honor, ni una lágrima, ni un gemido fúnebre.» *Antígona* se niega á obedecer el decreto; se dispone á enterrar á su hermano. Creon le repite la prohibicion, y para inclinarle á respetar sus órdenes le dice que honrará á su hermano Eteocles ultrajando á su enemigo Polinice. *Antígona* responde que Pluton impone leyes iguales para todos: «Nunca, replica el rey de Tébas, nunca un enemigo se convierte en amigo, ni aun despues de la muerte» (4). Entónces *Antígona* pronunció estas be-

(1) SOPHOCL., *Ajax*, v, 1332-1345.

(2) IBID., 1376-1380.

(3) AESCHYL., *Siete ante Tébas*, 1005-1025. — SOPHOCL., *Antig.*, 26-30, 184-210.

(4) SOPHOCL., *Antig.*, v, 522.

llas palabras: «*Mi corazón está hecho para sentir el amor y no el odio*» (1). Ésta es la profecía de una nueva religion: el paganismo abre camino á la caridad cristiana. Antígona arrostra la muerte por tributar á Polinice los últimos deberes. Cuando ha terminado su sacrificio llega el gran sacerdote Tiresias; anuncia á Creon que los dioses van á tomar en él venganza de sus leyes violadas: «Has de saber que ántes que el sol haga varias veces su carrera, un hijo de tus entrañas será inmolado á la venganza de los manes para castigarte por haber encerrado indignamente en un sepulcro un alma viviente, y haber retenido sobre la tierra sin sepultura, sin honores fúnebres, un cadáver que pertenecía á los dioses infernales.... Las furias vengadoras de los dioses del infierno y del cielo, que castigan siempre á los culpables, se disponen ya á precipitarte en las mismas desgracias» (2).

Así la religion presta su sancion poderosa á la humanidad que sustituye en el corazón de los hombres á las rencorosas pasiones de una edad de violencia. Sin embargo, la barbarie de los antiguos tiempos no desapareció por completo del suelo helénico; dejó restos sangrientos en el derecho de guerra. En el *Ajax* de Sófocles Minerva da el ejemplo de la crueldad con los enemigos. Para vengar una ofensa personal se encarniza con el héroe griego (3), goza en su desgracia y dirige á Ulises estas crueles palabras: «Reirse de un enemigo, ¿no es la risa más dulce?» La diosa anima al desgraciado en su locura, se complace en obligarle á cometer extravagancias, y llega hasta la doblez. Después de haber confesado que ella misma ha extraviado el espíritu de Ajax, se dirige á él: «Te he llamado dos veces: ¿tan poco caso haces de la que te protege?» (4) Cuando la religion, esa institucion de los hombres, no ha podido desprenderse de la barbarie antigua, ¿cómo habian de ser humanas las relaciones de los pueblos?

La servidumbre que pesaba sobre los vencidos era una de las grandes miserias de la guerra (5): conmueve el corazón de Sófo-

(1) SOPHOCL., *Antig.*, v, 523: οὗτοι συνέχθαι, ἀλλὰ συμπιλεῖν ἔρυν.

(2) *IBID.*, v, 1064 y sig.

(3) *Ajax.*, v, 758-777.

(4) *Ibid.*, v, 79, 89, 90.

(5) «¡O mi señor! dice Tecmésis á Ajax, no hay para los hombres mayor desgracia que la cautividad» (SOPHOCL., *Ajax*, 485 y sig.).

cles. Pone en boca de Dejanira estas compasivas palabras: «Me siento poseida de una profunda compasion á la vista de esas mujeres infortunadas, errantes por una tierra extranjera, sin parientes, sin asilo, y pasando tal vez de una dulce libertad á una esclavitud ignominiosa» (1). El espectáculo de las desgracias de la guerra arranca al poeta imprecaciones contra el que enseñó á los hombres el oficio de las armas: «¿Cuándo llegará el último de estos años penosos? ¿Cuándo acabarán estas fatigas interminable de los combates delante de esta soberbia Troya, ruina y oprobio de los Griegos? ¡Ah! ¡el que enseñó á los Helenos el uso funesto de las armas debia haber desaparecido en los aires ó en los infiernos! Fué el azote de los mortales» (2).

Sófocles cumplió dignamente la mision que los Griegos daban á la poesia: la de dulcificar las costumbres de los hombres. Genio tierno y humano, hizo oír en el teatro acentos de dulzura y de caridad; cantó el honor y la lealtad, la generosidad con los vencidos. Si la literatura griega ejerció en el mundo una influencia civilizadora, gran parte de ella es debida al autor de *Antígona*.

§ V.—Eurípides

Eurípides era discípulo de Anaxágoras, el célebre amigo de Pericles. La tradicion lo relaciona tambien con Sócrates: gustaban á éste, segun se dice, las composiciones dramáticas del poeta (3). Estos detalles biográficos revelan la tendencia del genio de Eurípides. La Pitonisa lo declaró «más sabio que Sófocles, y únicamente ménos sabio que Sócrates, que era el más sabio de los hombres» (4). Los Atenienses, ese pueblo de críticos, lo llamaron *el filósofo del teatro* (5). ¿Cuáles fueron las ideas nuevas que introdujo el filósofo en la escena? (6).

(1) *Trachin.*, v, 298-302.

(2) *Ajax*, 1185-1195.

(3) CICER., *Tuscul.*, III, 14.—AELIAN., II, 13.

(4) SCHOL. ARISTOPH., *Nub.*, 145.—CICER., *de Senect.*, 21.

(5) VITRUV., *Pref.*, lib. VIII.—CLEM. ALEX., *Strom.*, v, p. 581, C.

(6) BERNHARDY, *Grundriss der griechischen Literatur*, t. II, p. 827.

El progreso es innegable en la esfera de la religion. Eurípides es el precursor de Platon, al censurar la inmoralidad de los dioses de Homero (1); llama á la escandalosa historia del Olimpo «miserable invencion de los poetas» (2). Al politeismo homérico opone el dogma de una divinidad superior á las pasiones de los mortales. La unidad, la espiritualidad, la providencia de Dios, resplandecen en sus dramas á traves de las dudas de una razon que trabaja por sustituir las creencias populares con ideas más elevadas (3). Las pasiones se armonizaban perfectamente con una teología que divinizaba las pasiones; los culpables se acogian á la divinidad, invocaban su ejemplo, ó decian que se hallaban dominados por ella. Eurípides rechaza el fatalismo antiguo, porque destruye la libertad humana (4). A ejemplo de su maestro Anaxágoras, propone el dogma de la justicia divina (5). De este modo daba á la moral un fundamento, de que carecia en el paganismo. Así es que las máximas que el poeta filósofo introduce en sus dramas han admirado á los primeros discípulos de Cristo; los Padres de la Iglesia vieron en esto un presentimiento de la ley cristiana.

Comparando á Esquilo con Eurípides se puede seguir el progreso realizado en la conciencia general. El primero canta la ley del mundo antiguo, el mal por el mal. El segundo recuerda al hombre su efímera vida: «Siendo mortal, ¿cómo puede tener la pretension de abrigar un odio inmortal?» La caridad reemplaza á la venganza: el hombre debe compadecer los sufrimientos de sus semejantes, aún cuando fuesen extranjeros: ha nacido, no para sí, sino para el bien de todos (6). Tales son los sentimientos que inspiran á Eurípides y que nos explican los elevados pensamientos que vierte en sus dramas acerca de las relaciones de los hombres y de los pueblos.

(1) Véase su elocuente censura en la tragedia *Ion*, v, 436-451, y en el *Hércules furioso*, v, 1307-1310, 1314-1319, 1341-1346.

(2) EURÍPID., *Hércul. fur.*, v, 1346.

(3) PATIN, *Estudios sobre los trágicos griegos*, t. I, p. 42 y sig.—WALCKENAER, *Diatrib. in Eurip. Reliq.*, c. v.

(4) EURÍP., *Troad.*, v, 946-950. C. 981-990.

(5) IBID., *Bacch.*, v, 882-896; *Troad.*, v, 884-888.

(6) IBID., *Fragm.*, 790, 410-411; *Androm.*, v, 421; *Heracl.*, v, 2.

Una profunda division desgarraba las ciudades griegas. La lucha del pueblo contra la aristocracia habia llegado á un grado de exasperacion que hacia imposible toda armonía. Un mal más profundo, la llaga de la esclavitud, devoraba la sociedad y la conducia insensiblemente á la muerte. Dominados por el interes de partido, los hombres políticos no pensaron en conciliar estos elementos hostiles; fué necesaria la voz de un poeta para que pudieran oirse acentos de paz. La nobleza degeneró rápidamente entre los Griegos en aristocracia de dinero. Cuando los hombres vieron el poder unido á la riqueza y los ricos clasificados entre los mejores, el sentido moral se oscureció: confundieron la pobreza con el vicio, la riqueza con la virtud (1). Eurípides combate tan degradante opinion; aprecia admirablemente la desgracia, la maldicion que van unidas á la riqueza cuando ésta es un privilegio, una usurpacion (2). Hace consistir, como Sócrates, el mayor bien en la virtud: la virtud es superior á la fortuna y á la nobleza: el injusto, aún cuando tuviese por padre á Júpiter, es despreciable: el hombre justo es noble, aún cuando hubiera nacido en la esclavitud (3).

Colocado en este punto Eurípides pasa naturalmente á reivindicar la igualdad para el esclavo. El discípulo de Anaxágoras tiene, respecto de la servidumbre, ideas más exactas que el discípulo de Platon. Aristóteles funda su teoría en una diferencia de naturaleza entre el hombre libre y el esclavo. Eurípides empieza por protestar de esta injuria hecha á la humanidad: «En los esclavos no hay nada de vergonzoso, dice, más que el nombre; por lo demás, no valen ménos que los hombres libres cuando su corazon es honrado» (4). El poeta defiende la igualdad primitiva de los hombres: «La tierra, al dar el sér á todos los mortales, ha impreso á todos la marca de la igualdad. Todos somos de la misma raza, nobles y pueblo; el tiempo y las leyes son los que han introduci-

(1) EURÍP., *Fragm.*, 320: κακός δ' ὁ μὴ ἔχων, οἱ δ' ἔχοντες ὀβριοί. *Fragm.* 585: ὅς δ' ἂν πλείστ' ἔχη, σοφώτατος.

(2) IBID., *Fragm.*, 21, 58, 99, 440.

(3) IBID., *Fragm.*, 842, 11, 341, 496.

(4) IBID., *Ion.*, 854-856; *Fragm.*, 823.

do distinciones» (1). Estos sentimientos se encuentran también en otros poetas trágicos. El viejo Téspis decía ya: «Nadie alabe su nobleza, porque todos tenemos el mismo origen, el barro, lo mismo los que han nacido en la púrpura que los que pasan su vida en la miseria más profunda» (2).

Las rápidas vicisitudes en el destino de los héroes, cuyas desgracias cantan (3), recuerdan sin cesar á los poetas trágicos la vanidad del poder y de todas las distinciones sociales. Eurípides se eleva á más altas consideraciones; ve en la igualdad el fundamento de la sociedad: «La igualdad une estrechamente los amigos á los amigos, las ciudades á las ciudades, los aliados á los aliados. Si, la igualdad es para los mortales una ley de la naturaleza; entre el más y el ménos hay una guerra eterna; es un principio de odio para el porvenir. ¿No es la igualdad la que ha dado al género humano los pesos y las medidas, y la que ha determinado los números? La noche oscura y el sol brillante recorren con paso igual el círculo del año, y el vencedor no excita la envidia del vencido» (4). Ya no es el poeta trágico el que habla, sino el filósofo que ha meditado profundamente sobre las relaciones sociales; diríase que es un grito exhalado por el mundo moderno. La Grecia no conocía la igualdad; la nobleza y el pueblo, los ricos y los pobres, se disputaban el imperio con un encarnizamiento salvaje; no había un pensamiento de concordia ni de armonía. Solamente la igualdad podía fundar la paz. Penetrado de esta verdad, el poeta reclama derechos iguales para los ricos y para los pobres; solamente en esta obra de conciliación, dice, encontrará la ciudad la paz y la fuerza (5).

En la época en que Eurípides cantaba la concordia interior, la

(1) EURÍP., *Fragm.*, 60.

(2) *IBID.*, *Fragm.*, 6.

(3) Los coros hacen constantemente reflexiones sobre la rapidez de los cambios del destino y sobre la inconstancia de la fortuna (Véase sobre este asunto un bello fragmento de MELEAGRO, en los *Poetas Trágicos*, p. 157). MADAME DE STAEL lo ha hecho ya notar (*De la literatura*, c. 2); incluye este género de observaciones en las revoluciones súbitas y frecuentes del gobierno popular en las ciudades griegas.

(4) PHOENISS., v, 536 y sig.

(5) EURÍP., *Fragm.*, 19, 620.

Grecia, desgarrada en cada uno de sus miembros por irremediables disensiones, se destruía en una lucha sangrienta. ¿No hizo reflexionar al poeta la guerra del Peloponeso acerca de las funestas consecuencias de estas discordias? Cuando Esquilo animaba á los Atenienses con el espíritu de Marte, se inspiraba en un noble patriotismo; los Helenos combatían por la más santa de las causas, la libertad y la independencia. Pero las armas, de que no hubieran debido servirse los Griegos más que contra los Bárbaros, las volvieron contra sí mismos. A los ojos de Eurípides la guerra no es una acción heroica, sino la mayor de las calamidades. Es uno de los aspectos del mal que aflige á los mortales. Para explicarla, no se contenta el discípulo de Anaxágoras con la razón aducida por los antiguos poetas, de que los dioses quieren librar á la tierra de un exceso de población (1); ve en ella una expiación de los crímenes de los hombres (2). Ciertamente hay un elemento providencial en la guerra, pero la libertad humana desempeña también en ella un papel, y en su poder cabe el disminuir la extensión del mal que reina en el mundo. En cuanto se considera la guerra como un mal, su imperio queda completamente destruido; será un deber el evitarla (3); solamente el derecho podrá legitimarla; siendo injusta, llegará á ser una nueva fuente de desgracias y de expiaciones (4). En este orden de ideas la paz debe ser el objeto de todas las aspiraciones. Eurípides no se cansa de cantar sus beneficios; es amiga de las musas, puebla y enriquece los estados. El poeta le dirige sus súplicas como á la diosa más bella; arde en deseos de verla establecida antes que le sorprenda la muerte (5).

La paz, tal como la soñaba el poeta, era una utopía. Todo lo que puede esperarse es que la idea del derecho se vaya introduciendo en las relaciones de los pueblos, y que, si la guerra es inevitable, se haga al ménos respetando la humanidad. La poesía y la filosofía tienen por misión humanizar las costumbres. Sófocles empezó la santa lucha de la civilización contra la barbarie; Eurípides la

(1) EURÍP. reproduce esta popular opinión en su tragedia *Elena*, vers. 36 y sig.

(2) *IBID.*, *Orest.*, v, 1639 y sig.

(3) *Troad.*, 400: φεύγειν μὲν οὖν χάρι πόλεμον, ὅστις εὖ φρονεῖ.

(4) *Fragm.*, 361.

(5) *Supplic.*, 491 y sig.—*Fragm.*, 453.

continuó. Los sacrificios humanos aparecen constantemente en los argumentos dramáticos tomados de los tiempos primitivos. Calchas pide que la hija de Agamenon sea inmolada á Diana, para que los Griegos consigan tener viento favorable (1). Segun una tradicion cantada por Eurípides, Ifigenia se salva milagrosamente, pero un destino fatal la condena á inmolar á todo Heleno que llegue á las costas de Tauride (2). Aquiles, insaciable de sangre troyana, sale de su tumba, detiene las naves prestas á surcar los mares y pide una víctima para honrar sus cenizas: Polixena es sacrificada (3). Iluminado por las enseñanzas de la filosofía, se subleva el poeta contra esta bárbara costumbre: «Yo censuro, dice, á la sacerdotisa de Diana y las leyes impuestas por la diosa. Aparta de sus altares como impuros á los mortales manchados por una muerte ó por haber tocado á un cadáver, y se complace en hacer inmolar víctimas humanas! No, no es posible que la esposa de Júpiter haya producido una divinidad tan cruelmente estúpida..... Los habitantes de este país, acostumbrados á verter sangre humana, han atribuido á los dioses sus inhumanas costumbres, porque yo no puedo creer que una divinidad pueda hacer el mal» (4). Los adivinos, órganos crueles de divinidades crueles, reclamaban aquellos horribles sacrificios en nombre de la religion; Eurípides los llenó de invectivas: «Es una raza ambiciosa y mala; dicen muchas mentiras y por casualidad algunas verdades; su ciencia no es más que un cebo engañoso ofrecido á la credulidad de los hombres» (5).

El poeta griego, combatiendo el politeísmo preparó el advenimiento de una religion de caridad. Las tradiciones de la edad heroica le dieron ocasion de hacer oír la voz de la humanidad para moderar los horrores de la guerra. En la guerra de los hijos de Edipo, los siete jefes argivos morian ante Tébas; sus madres, no pudiendo obtener la restitucion de los cadáveres á los que querian dar sepultura, vinieron á implorar la intercesion de Teseo. El rey

(1) *Ifigenia en Aulide*.

(2) *Ibid.* en Tauride.

(3) *Hecuba*.

(4) *Iphig. in Taur.*, 330 y sig. C. *Iphig. in Aul.*, v, 396 y sig.; *Hecub.*, v. 260 y sig.

(5) *Iphig. in Aul.*, 520, 956 y sig.—*Helen.*, 744 y sig.

de Aténas accede á sus súplicas y se constituye en defensor de la religion; invoca la ley comun de la Grecia y las doctrinas de la filosofía; despues hace algunas consideraciones sobre la triste suerte de la humanidad: «Nuestra vida no es más que una continua lucha para alcanzar la felicidad; en el momento presente la posee uno, al siguiente la posee otro, y el primero ya la ha perdido. Persuadidos de estas verdades, suframos resignadamente las injurias» (1). Estas ideas eran extrañas á los tiempos heroicos; ¡feliz anacronismo que nos manifiesta los progresos de la civilizacion griega! En vista de la negativa de los Tebanos, Teseo les declara la guerra; y una vez victorioso, hace rendir los últimos tributos á los jefes argivos. El héroe preside personalmente esta sagrada ceremonia; recoge los cuerpos, les lava las heridas, y prepara el lecho fúnebre. Adrasto, á quien cuentan estos detalles, dice que el rey de Aténas desempeña funciones humillantes que pertenecen más bien á esclavos que á un principe. Entónces el poeta pone en boca de Teseo esta sublime respuesta: «¿Es humillante el tomar parte en los males comunes de la humanidad?» (2) Este verso recuerda la célebre máxima de Terencio (3). En una edad de sangrientas discordias, en que los hombres desconocian los lazos que hacen de ellos una familia de hermanos, los poetas fueron los primeros en presentir la solidaridad humana.

Mientras la literatura, las artes y la filosofía alcanzaban su más alto grado de perfeccion, una guerra cruel desgarraba á la Grecia. Eurípides tomó parte en la lucha. Se ha supuesto que le unian lazos íntimos al gran demagogo que dirigia los destinos de Aténas: los dos eran discípulos de Anaxágoras (4). El patriotismo antiguo, rencoroso por su naturaleza, explica los violentos ataques contra Lacedemonia, que se encuentran tan frecuentemente en las tragedias del poeta (5). Debemos atribuir tambien á las circunstancias particulares en que vivia, el odio á los Bárbaros que res-

(1) *Supplic.*, 522 y sig.

(2) *Ibid.*, v, 768.

(3) «*Homo sum, et humani nihil alienum à me puto.*»

(4) HARTUNG, *Eurípides restitutus*, t. II, p. 230.

(5) PATIN, *Trágicos griegos*, t. III, p. 80.—HARTUNG, t. II, p. 431.

plandece vivo é injurioso en todos sus dramas. Los Persas eran los aliados de Esparta; Eurípides olvida la santa mision de la poesia para colmarlos de ultrajes (1). ¿Cómo es que el genio del poeta, excesivamente dulce (2), no se sublevó á la vista de las horribles escenas que ensangrentaron la guerra del Peloponeso? Escribió una tragedia en la que los vencidos, enemigos de los Griegos, son aplaudidos, mientras que los vencedores son perseguidos por los dioses, á causa de los crímenes y violencias de que se habian hecho culpables. ¿Son las *Troyanas* una protesta contra el salvaje derecho de guerra de los Atenenses? Por lo ménos, es una leccion de moderacion y de clemencia (3). Los vencedores de Troya abusaron cruelmente de la victoria; la venganza divina les preparó un funesto regreso. Minerva y Neptuno vienen por sí mismos á anunciar sus designios: «¡Desgraciado, exclama el dios de los mares, el mortal insensato que arrasa las ciudades, los templos y las tumbas, asilos sagrados de los muertos, y los convierte en desiertos! él á su vez perecerá» (4). Entre las cautivas troyanas se hallaba Casandra, á quien el jefe de los Griegos se habia reservado. Poseida del delirio profético, la sacerdotisa de Apolo se alegra del real himeneo que la hará testigo de la desgracia de Agamenon; predice la ruina de los Atridas, los largos infortunios de Ulises y de todos los héroes griegos; despues, hablando de la suerte de los Troyanos, ensalza á los vencidos; su destino, dice, es más digno de envidia que el de sus vencedores, porque han muerto por su patria, la gloria más bella de todas (5).

Las protestas de Eurípides en pro de la humanidad no fueron atendidas; vióse á los Griegos del siglo de Pericles rivalizar en barbarie con los héroes de Homero. En vano el poeta les recordó que las leyes de la Grecia no permitian inmolar á los enemigos,

(1) Véase más atras, p. 303 y sig.— Compárese HARTUNG, t. II, p. 411 y sig., 492.

(2) A él se dirigen las censuras que Platon y Ciceron hacen de la tragedia de enervar los ánimos por la continua pintura de héroes que sufren y se quejan (PANTIN, t. I, p. 49).

(3) HARTUNG, t. II, p. 281, 275 y sig.

(4) *Troad.*, v, 95 y sig.

(5) *Ibid.*, 308 y sig.

«cogidos vivos en el combate» (1); los Atenenses, los más humanos de todos los Helenos, se mancharon con la sangre de sus prisioneros. Sin embargo, las palabras de clemencia que Eurípides dejó oír tuvieron eco. Despues de la desgraciada expedicion de Sicilia, los cantos del poeta suavizaron las pasiones de los vencedores irritados (2). Si hemos de dar crédito á Plutarco, Atenas vencida por Lacedemonia, debió su salvacion á Eurípides. Los aliados estaban dispuestos á destruir la ciudad que habia abusado de su poder, y se dice que un verso de la tragedia *Electra*, cantado en un festin, los conmovió y les inspiró sentimientos de moderacion y de dulzura (3). Estas tradiciones caracterizan al poeta y á su mision. Inspirado por la filosofía, Eurípides se elevó á la concepcion de la armonía en la ciudad, hizo votos por la paz y tuvo el glorioso privilegio de templar muchas veces los horrores de la guerra.

§ VI. — Los Cómicos.

N.º 1. — Aristófanes.

El teatro ha desempeñado entre los Atenenses un papel que no ha tenido despues; era, por decirlo así, una institucion social. Nuestros periódicos no dan más que una débil idea de la *comedia antigua*. Suelen quejarse, y no sin razon, de la prensa periódica; en lugar de llenar su mision de instruir y moralizar, se entrega frecuentemente á injuriosas personalidades. Pero cualquiera que sea la violencia de su lenguaje, no se dirige más que á hombres aislados; no puede compararse el efecto que produce la lectura al de las representaciones teatrales de Atenas, en las que se entregaba á la risa de todo un pueblo á hombres que todavía vivian, jefes de la república, generales y filósofos. Cuando el poeta tenía genio político no se limitaba á sátiras personales; hacía de la escena una

(1) *Heraclid.*, 965 y sig.

(2) PLUTARCH., *Nicias*, *fine*.

(3) *IBID.*, *Lysand.*, 15.

tribuna, desde donde daba consejos acerca de los asuntos más importantes, el gobierno, la paz, la guerra.

Aristófanes es el único representante que nos queda de la comedia antigua. La influencia que una tradición célebre atribuye al autor de *Las Nubes* sobre la condenación de Sócrates ha oscurecido casi la memoria del gran poeta: en nuestros días ha sido rehabilitado (1). El acusado de la muerte del sabio de Atenas ha encontrado un defensor en un filósofo: *Hegel* dice que Aristófanes conservó el antiguo espíritu griego en una época de decadencia y que se impuso la misión de escribir por el bien de la patria (2). Todas sus comedias se ocupan incesantemente de una cuestión: la de la paz y la guerra. La ciudad de Minerva aspiraba á la dominación de la Grecia y profesaba insolentemente el derecho del más fuerte. El pueblo, embriagado de gloria, soñaba cada día con nuevas conquistas; sus oradores favoritos lo halagaban con locas esperanzas; les hacían entrever aquel imperio del mundo que estaba reservado á una república más prudente y más calculadora. Aristófanes sentía lo vacío de aquellos proyectos gigantescos; se burlaba de los demagogos que engañaban á los Atenienses, y se reía de los atenienses que tenían la debilidad de dar crédito á sus palabras:

El Pueblo: «Bueno, ahora léeme esos oráculos y principalmente aquél que tanto me gusta, donde dice que yo llegaré á ser el águila cerniéndose en las nubes» (3).

Cleon: «Hé aquí un oráculo con alas relativo á tí: Tú serás un águila, reinarás sobre toda la tierra.»

El Cortador: «Yo tengo otro: dictarás leyes á la tierra, al Mar Rojo, á Ecbatana y vivirás en las delicias» (4).

Sin embargo, aquel pueblo ligero sufría los males de la lucha suscitada por su tiranía. Aristófanes representa á su manera las desgracias de la guerra del Peloponeso. En la comedia *La Paz*, la

(1) SCHLEIERMACHER (*Platon's Werke*, 2.^a parte, t. II, p. 383), AST (*Platon's Leben und Schriften*, p. 317) y WOLF (*Sympos. Einleitung*, p. 42), han probado que jamás hubo odio entre Aristófanes y Sócrates.

(2) HEGEL, *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, p. 318 (2.^a edición).—Compárese HEGEL, *Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie*, t. II, p. 82-86 (2.^a edición).

(3) EQUIT., V, 1011-1013 (traducción de M. ARTAUD, 2.^a edición, 1841).

(4) IBID., V, 1086-1089.

guerra entra en escena con un gran mortero en el cual va á triturar las ciudades y los hombres:

Trigeo: «¡Oh, Apolo! ¡Qué mortero tan enorme! ¡Qué desgracia es el sólo aspecto de la Guerra! ¡Con que éste es el mortero terrible y cruel de que procuramos huir?»

La Guerra: «¡Desgraciada, mil veces desgraciada Prasia (1), tú perecerás hoy!»

Trigeo: «Ciudadanos, esto no va con nosotros todavía, esto va con la Laconia.»

La Guerra: «¡Megara! ¡Oh, Megara! Vas á ser triturada y puesta en pepitoria.»

Trigeo: «¡Ah! ¡Cuántas lágrimas amargas para los de Megara!»

La Guerra: «¡Oh, Sicilia, también tu vas á perecer! Tus desgraciadas ciudades serán reducidas á polvo. Vamos á ver; echemos también en el mortero esta miel ática.»

Trigeo: «Te aconsejo que tomes otra miel. Ésta cuesta cuatro óbolos. No toques á la miel ática» (2).

Este consejo no fué atendido; los Atenienses acabaron por desear la paz con el mismo ardor que habían manifestado en pedir la guerra (3).

Aristófanes, cuyas opiniones eran contrarias al sistema dominante, se hizo el intérprete de estas aspiraciones pacíficas. Oigamos al coro, órgano de los sentimientos populares y humanos: «No, jamás tendrá entrada en mi morada el dios de la guerra; no se le verá jamás sentado á mi mesa cantar á Harmodio, porque es un sér á quien la embriaguez impulsa á la violencia, y que cayendo sobre nuestras prosperidades y nuestros placeres, trae consigo todos los males, la ruina, la destrucción y la muerte. En vano le decíamos con dulzura: bebe, toma asiento en esta mesa, acepta esta copa amiga; no por esto dejaba de prender fuego á nuestras viñas y derramar por tierra nuestro vino» (4).

La guerra es para los Atenienses la más pesada de las cargas,

(1) Ciudad de la Laconia.

(2) *Paz*, v, 238-254.

(3) THUCYD., II, 65.

(4) *Acharn.*, v, 980-987.

más aún que la misma vejez: «Dejar el escudo, dice un personaje de Aristófanes, es para mí más que despojarme de la vejez» (1). Los labradores eran los que principalmente sufrían con las hostilidades. El pillaje y la devastación arrebatában á los habitantes del campo sus viviendas, sus cosechas, sus plantaciones; únicamente les quedaba el suelo, porque no había manera de destruirlo. Por esto celebran con ingenua alegría el advenimiento de la paz: «¡Oh, día deseado por los hombres de bien y por los cultivadores! Después de haberte visto con regocijo, quiero volver á ver mis viñas, quiero también saludar después de tan larga ausencia á la higuera que planté en mi juventud... Salud, salud, ¡oh diosa querida (2), por fin has escuchado nuestras plegarias! Conmovidos de impaciencia por tu ausencia, ardíamos en deseos de regresar á nuestros campos. Tú eras nuestro mayor bien, ¡oh diosa deseada! Tú eras el único apoyo de los que vivíamos en el campo. Bajo tus auspicios disfrutábamos sin pena y sin quebranto mil dulces placeres. Tú eras el apoyo de los labriegos y su más dulce alimento; así es que las viñas, las higueras jóvenes y todas las plantas sonríen á tu vista» (3).

Los habitantes de las ciudades estaban menos expuestos á las calamidades de la guerra. Aristófanes pone en su boca sentimientos y deseos que denotan el gusto por una vida tranquila y ociosa. Tal vez exagera el poeta cómico; se siente en sus versos el aguijón de la sátira, pero el fondo de los sentimientos es verdadero:

Trigeo: «Hagamos oración. Augusta reina, venerable diosa, ¡oh, Paz! que presides á los coros de danza y á las bodas, recibe nuestro sacrificio.»

El Coro: «Recíbele favorablemente, ¡oh, la más querida de las diosas! No hagas lo que hacen las mujeres adúlteras; entreabren la puerta para mirarnos, la cierran en cuanto se fija la atención en ellas, y vuelven á asomarse en cuanto nos retiramos. No hagas lo mismo con nosotros.»

Trigeo: «No, sino más bien preséntate por completo, como

(1) *Pax*, v, 335 y sig.

(2) *La Paz*.

(3) *Pax*, v, 556-559, 582-600.

corresponde á una mujer libre, á nosotros, tus amantes, que hace trece años lloramos tu ausencia. Aleja de nosotros el tumulto y los combates. Reprime este humor suspicaz que excita entre nosotros tan insolentes habladurías. Derrama sobre el espíritu de los Griegos el jugo de la amistad, y prepáralos á la dulzura y á la indulgencia. De esta manera harás que abunden en nuestro mercado todas las cosas buenas, hermosas cabezas de ajo, pepinos precoces, manzanas, granadas, trajecillos de lana para nuestros esclavos; se verá concurrir á él á los beocios, cargados de patos, de gansos, de pichones, de calandrias; las anguilas de Copais vendrán por estos, y afanosos alrededor de este divino pescado, lucharemos con Moricho, Teleas, Gláuceto y otros glotones» (1).

El Coro: «¡Qué alegría, qué placer dejar el casco, el queso y las cebollas! No me gusta pelear, sino beber cerca del fuego con mis amigos, á la luz de la leña seca, cortada durante los calores del verano; me gusta tostar guisantes y bellotas sobre las áscuas, y acariciar á la joven Thratta mientras mi mujer está en el baño» (2).....

Las sociedades antiguas estaban organizadas para la guerra, éste era su elemento; en cuanto salían de él caían en disolución. El deseo de la paz no era inspirado por el deseo del desarrollo pacífico y progresivo de las facultades humanas, sino por el afán de placeres materiales. No faltaba más que un paso para perder el sentimiento del honor y de la patria. Aristófanes lo presentía; en la misma comedia en que celebra la paz, entrega á la risa á los hombres que no ven en ella más que la facilidad de satisfacer sus bajos apetitos. Se ha hecho la paz, los ciudadanos se entregan á la alegría en los festines, los niños preludian cantos:

Un niño: «Ahora cantemos los guerreros.»

Trigeo (interrumpiéndole): «Calla, desgraciado, no se cantan los guerreros en presencia de la paz. Eres un mal educado y un pícaro.»

El niño (continuando): «Cuando avanzaron unos contra otros, chocaron sus redondos escudos.»

(1) *Pax*, v, 973-1009.

(2) *Ibid.*, v, 1130-1139.—Compárese un fragmento de la comedia *Las Islas*, en *Estobeo*, LV, 7.

Trigeo: «¡Escudos! ¿dejarás de hablar de escudos?»

El niño: «¿Pues qué he de cantar? Díme que es lo que te gusta.»

Trigeo: «Cántanos: *Entonces devoraban la carne de los bueyes; ó bien: Preparaban un festin, y los manjares más delicados*» (1).

El resto de la escena continúa en el mismo tono. ¿No parece una sátira escrita en el siglo XIX? Trigeo representa á los partidarios de la paz á toda costa, que sacrifican patria y honor á la sed de oro y de placeres. No es esta la paz que deseamos y esperamos. La paz no es un ideal que deba buscarse como el último término de los esfuerzos de la humanidad. Hay un objeto más elevado, que es el libre desarrollo de nuestras facultades. La paz no es más que un medio de favorecer los progresos morales é intelectuales de los hombres, y el medio debe estar subordinado al fin.

Como dice el poeta perfectamente, no debemos renunciar, por conseguir una existencia tranquila, á lo que da valor á la vida; entendida así, la paz no sería más que el sepulcro de una sociedad corrompida. Las palabras, indignas de un hombre libre, que Aristófanes pone en boca de Trigeo, no expresan ciertamente la opinion del gran poeta, que se atrevió á hacer una guerra á muerte á los demagogos y á los sicofantas, y que se atrevió á atacar al pueblo mismo. Estaba animado de más nobles sentimientos; queria dar la paz á la Grecia, que, desgarrada por guerras intestinas, caminaba á su decadencia á pasos agigantados. La paz y la alianza de Atenas con Lacedemonia y con los demas Griegos, tal es la idea dominante de las comedias de Aristófanes. Este era el argumento de la pieza perdida de las *Holcades*, segun el Escoliasta; tal es tambien el argumento de *Las Acarnanias*, de *Los Pájaros*, de *Lisistrata*, de *La Paz*.

En *Las Acarnanias*, Dicæopolis, el buen ciudadano, impaciente con los falsos pretextos que se emplean para separar al pueblo de la paz, se decide á pedirla á Lacedemonia para él y su familia. En seguida se retira al campo, rodea su casa con una valla, dentro de la cual publica una tregua, y mantiene un mercado abierto para los habitantes de las comarcas inmediatas, mientras el resto

(1) *Paz*, 1265 y sig.

del país sufre los males de la guerra. El objeto del poeta es presentar los beneficios de la paz bajo la forma más sensible. Se ve al pesado beocio vendiendo en el mercado sus anguilas y sus aves. En casa de Dicæopolis reina la abundancia; no se piensa allí más que en la alegría y en los festines.

Lisistrata, esposa de uno de los principales ciudadanos de Atenas, quiere obligar á los hombres á celebrar la paz. Reune á las mujeres atenienses y á las de las principales ciudades griegas, y las hace jurar no tener comercio con sus maridos hasta que hayan puesto fin á la guerra. Al mismo tiempo, se apodera de la ciudadela y de los tesoros en ella encerrados. Sin embargo, á *Lisistrata* le cuesta gran trabajo obligar á las mujeres á guardar su juramento, los maridos no pueden resignarse á vivir por más tiempo separados de sus mujeres, y éstas á veces faltan á sus compromisos. Esparta y Atenas envían embajadores con plenos poderes para tratar de las condiciones de la paz. Las ciudades rivales olvidan sus enemistades en las danzas y los festines.

En *La Paz*, un viñador llamado Trigeo, resuelve subir al cielo sobre un escarabajo para preguntar á Júpiter la causa de los males que con que affige á la Grecia. No encuentra más que á Mercurio; todos los demas dioses se habian retirado á lo más alto de la estancia celeste, para apartarse de la vista de las discordias que dividían á los Griegos. Mercurio le muestra á la guerra personificada, disponiéndose á moler las ciudades en un inmenso mortero, y la Paz prisionera en el fondo de una caverna, cuya entrada está obstruida por montones de piedras. Trigeo, para libertar á la cautiva, convoca á los ciudadanos de todos los países y principalmente á los labradores, que sufrian con las hostilidades más que los demas. Despues de muchos esfuerzos, la Paz es libertada; con ella vuelven la abundancia y las fiestas (1).

Los Pájaros son una comedia fantástica en la que la brillante imaginacion de Aristófanes vuela libremente. Hay diversas opiniones acerca del fin que se propuso el poeta. Apreciando su obra desde nuestro punto de vista, puede verse en ella una especie de

(1) ARISTÓFANES escribió otra comedia cuyo asunto era el mismo, titulada: γεώργοι (PLUTARCH., *Nicias*, 8).

utopia cómica, una república imaginaria realizada de una manera burlesca (1). Dos ciudadanos, disgustados de la vida que se hace en Atenas, se deciden á marcharse á vivir entre los pájaros. Aconsejan á éstos que edifiquen una ciudad en los aires, y que vuelvan á tomar sobre Júpiter el imperio que en otro tiempo les había pertenecido. El proyecto es aceptado. Aristófanes opone la moral de la ciudad de los pájaros á las costumbres de los Atenienses; ataca sucesivamente el pedantismo de los sabios y de los filósofos, la ignorancia y la avidez de los sacrificadores, la avaricia de los magistrados, y en fin, á los charlatanes de toda especie. Enfrente de las disensiones que desgarran á la Grecia, el poeta pone el espectáculo de su República, que «la Sabiduría, el Amor, las Gracias inmortales, la Paz con la frente serena han escogido por asilo» (2). ¡Cosa notable! desde los primeros ensayos de utopia, se ve figurar á la paz como un elemento esencial de estas organizaciones ideales de la sociedad; y la paz sigue siendo la base de los sueños que continúan forjando los utopistas para hacer la felicidad del género humano. En la comedia de Aristófanes acaba el coro por dirigir á los dioses la súplica de que «el uso del hierro homicida sea abolido» (3). Los utopistas han ido aún más lejos; han caído en el exceso contrario. La paz no es el bien absoluto, como no lo es tampoco la guerra. ¿Tenían los Griegos por qué deplorar su lucha gloriosa contra los Persas? Lo que debían deplorar era la odiosa guerra del Peloponeso que debilitó á la Grecia y preparó la ruina de su independencia.

Inscribimos á Aristófanes en la larga lista de los diversos escritores que han trabajado por difundir los sentimientos pacíficos entre los hombres. ¿Nos habremos engañado acerca de la trascendencia de sus obras, al buscar un fin serio en las sátiras y las bufonadas del gran cómico? Nos parece que puede aplicársele lo que Rabelais dice de sus novelas; las compara á cajas pintadas por fuera con alegres y frívolas figuras; «pero que abriéndolas se encuentra dentro un objeto celeste é inapreciable.» Aristófanes no

(1) Esta es la opinion de M. ARTAUD, el traductor de *Aristófanes*.

(2) *Pax*, v, 1321 y sig.

(3) *Ibid.*, v, 1328.

fué extraño al movimiento filosófico que constituye la gloria de Atenas: los lectores de Platon saben qué lugar tan distinguido ha concedido al poeta en su Banquete. Comenzaban á circular nuevas ideas. Sócrates se proclamaba ciudadano del mundo. Platon, considerando á los Griegos como hermanos, decía que no debían desgarrarse en luchas intestinas; pedía que al ménos usasen de clemencia y de moderacion en sus guerras. Jenofonte trazaba reglas humanas sobre el trato de los vencidos. ¿No habria inspirado á Aristófanes el espíritu que animaba á la escuela de Sócrates? Él dice tambien que los Griegos son hermanos, que sus sangrientas disensiones son criminales y que deben unirse para dirigir sus fuerzas contra los Bárbaros (1).

Sin embargo, habia en la direccion política del sabio de Atenas un escollo, contra el cual debían tropezar casi fatalmente todos sus discípulos. El verdadero cosmopolitismo se armoniza con el amor de la patria. Era difícil para los antiguos el conciliar estos dos sentimientos, que aún hoy parecen excluirse el uno al otro. Faltábales la idea de la unidad humana, y quedaron encerrados en los lazos de una estrecha patria. En cuanto á los que se elevaron por encima de los límites de la ciudad para abrazar en su amor á todos los pueblos, no tenían base segura para su creencia; era una reaccion, y como toda reaccion cayó en el exceso contrario; los cosmopolitas se perdieron en vagas concepciones, y absorbieron la patria en el género humano. No se libraron los estóicos de este peligro. Ya en vida de Sócrates tomaron las ideas esta direccion. ¿Debemos atribuir á esta tendencia el famoso verso que encontramos á la vez en una comedia de Aristófanes y en los fragmentos de Menandro: «La patria está donde quiera que uno se encuentre feliz?» (2).

(1) ARISTOPH., *Lysistrat.*, v. 1129, sqq :

Λαβοῦσα δ' ὑμᾶς λαιδορήθαι βούλομαι
κοινῇ δεκαίως, αἱ μὲν γὰρ χέρνιβα
βαίμους περιρραίνοντε; ὡσπερ ἐγγενεῖς,
'Ολυμπίασιν, ἐν Πύλαις, Πυθοῖ...
ἐχθρῶν παρόντων βαρβάρων στρατεύμασιν
Ἕλληνας, ἄνδρας καὶ πόλεις ἀπόλλυτε.

(2) *Plutus*, v, 1151. -- MENANDRI *Fragm.*, v. 79 (p. 102, ed. Didot).

N.º 2.—*Menandro y Filemon.*

La *Comedia Nueva*, aún cuando encerrada en el círculo de la familia, alcanzaba á los intereses generales de la ciudad, porque entre los Griegos el hombre se confundía con el ciudadano. En los fragmentos de *Menandro* se encuentra un elogio de la paz: «La paz alimenta abundantemente al labrador, aún en medio de las rocas; la guerra le alimenta mal en medio de la abundancia de los campos» (1). No conocemos bastante el teatro del poeta para apreciarle; á juzgar por la escuela filosófica á que pertenecía, no nos atreveríamos á atribuir á los votos que hace por la paz tanta trascendencia como á los trabajos de Aristófanes. Dícese que era sectario de Epicuro; y la doctrina de este filósofo apartaba los ánimos de la vida política y los afeminaba con dulces placeres. Es probable que *Menandro* cantase la paz en el mismo sentido que los poetas eróticos de Roma. El Epicureismo era un signo de la decadencia de la antigüedad; nacido de la disolución del politeísmo, apresuró su caída. Minando los fundamentos de la sociedad griega, destruyó el amor de la patria; pero entraba en los planes de la Providencia que el patriotismo estrecho de la Grecia dejase el paso á un amor verdadero que excluyese el odio. La poesía epicúrea favoreció esta revolución en las ideas políticas, extendiendo sentimientos de benevolencia internacional. El fragmento que vamos á citar es un bello testimonio de este espíritu: «Los que desesperan de adquirir una gloria propia por su talento natural aducen su prosapia; recuerdan las empresas de sus antepasados, enumeran la serie de sus abuelos. ¿Pero de qué les sirve todo esto? No hay nadie que no tenga abuelos; porque ¿de dónde habíamos de provenir? Los que no pueden citarlos por haber cambiado de patria, por haber perdido su familia, ¿son acaso ménos nobles que los que los pueden citar? Aquel que es inclinado al bien por la bondad de su naturaleza, es noble, aún cuan-

(1) MENANDRI, *Fragm.*, núm. 95, p. 66, ed. Didot.

do sea Etíope. Detestamos á los Escitas; ¿y no era escita Anacáris» (1)?

Las mismas tendencias notamos en los escasos fragmentos del feliz rival de *Menandro*, *Filemon*. Canta también la felicidad de la paz: «Yo creo que los filósofos buscan hace una infinidad de tiempo qué es la felicidad, y ni uno ha encontrado en qué consiste. Dicen que es la virtud, la prudencia; lo dicen todo, excepto lo que es la felicidad. Yo que vivo en los campos y que trabajo la tierra, yo la he encontrado, sin dedicarme al estudio de la sabiduría. Es la paz, ¡oh querido Júpiter! esta diosa amiga de los hombres y de los placeres. La paz nos conduce á las bodas y á las fiestas; nos da padres, hijos, amigos, riquezas, salud, vino, alegría. Si nos llegan á faltar estos bienes, la vida de todos cuantos vivimos no es más que una muerte» (2).

Filemon tiene también sentimientos cosmopolitas, y á juzgar por los pocos versos que nos quedan de este poeta, no puede censurársele el haber exagerado el amor de la humanidad. Todas las naciones tienen su orgullo, y este sentimiento tiene su legitimidad, en cuanto es la expresión de la individualidad de cada pueblo. Pero entre los antiguos, más que entre los pueblos modernos, el orgullo nacional excedía á toda ponderación. Un bárbaro no era un hombre, era un esclavo, al paso que los Helenos se creían nacidos para reinar sobre pueblos nacidos para servir. A la jactancia helénica objetó *Filemon* el que no es la patria quien ennoblece al hombre, sino que es el ciudadano quien ennoblece á su patria con sus bellas acciones (3). Esta máxima es el germen de una doctrina de igualdad internacional que el porvenir desarrollará. Hallamos todavía en *Filemon* una sentencia sobre la igualdad humana que revela un inmenso progreso en los sentimientos de los Griegos. Uno de los grandes filósofos de la Grecia y del mundo había proclamado que la esclavitud es de derecho natural. La conciencia humana protestó contra esta degradación de la humani-

(1) MENANDEI, *Fragm.*, IV (p. 54, ed. Didot).(2) PHILEMON., *Fragm.*, p. 114, ed. Didot.(3) PHILEMON., *Fragm.*, p. 129, n. 89:

Οὐχ ἡ πόλις σου τὸ γένος εὐγενές ποιεῖ,
σύ δ' εὐγενίζεις τὴν πόλιν πράσσων καλῶς.

dad: «Nadie nace esclavo, dice *Filemon*, la fortuna es quien reduce al cuerpo á esclavitud» (1). La esclavitud existia entre todos los pueblos. Aristóteles quiso legitimar este hecho; pero los poetas, órganos del género humano, reivindicaron la igualdad, este emblema del mundo nuevo que ha de nacer de las ruinas del mundo antiguo.

(1) PHILEMON., p. 124, núm. 39.

CAPITULO IV.

LOS HISTORIADORES.

§ 1.—Herodoto.

Los Grandes Reyes, dueños del Asia, sucumbieron en su lucha con algunos pequeños pueblos de la Grecia. El genio de Herodoto se inflamó con la victoria de la libertad sobre el despotismo, y fué el historiador de aquella guerra gloriosa. Aun cuando él ante todo es narrador, la grandeza del asunto despertó en él reflexiones políticas y morales. Los Griegos estaban divididos en una multitud de pequeñas repúblicas, cuya envidia tenía toda la acritud de los odios de familia. La invasion de los Persas fué la ocasion de una asociacion temporal. Herodoto conoció que gracias á esta union habían triunfado los Helenos de sus innumerables enemigos, y tuvo la desgracia de verles ántes de morir desgarrarse unos á otros en la guerra del Peloponeso (1). El historiador, inspirándose en el pasado y en el presente, comprendió la necesidad de un lazo permanente entre los pueblos de la Grecia. En toda su obra se manifiesta un vivo sentimiento de la unidad griega: «Los Helenos, dice, forman un cuerpo originario de una misma sangre, que hablan la misma lengua, tienen los mismos dioses, los mismos templos, los mismos sacrificios, las mismas costumbres.» Pone en boca de Mardonio censuras á los Griegos sobre sus sangrientas querellas: «Puesto que hablan la misma lengua, ¿no deberian más

(1) HEROD., VI, 98.